

LAS CUATRO PARTES DEL CEREBRO. CONVERSACIÓN CON JOSÉ FERNÁNDEZ SÁNCHEZ



EPS



José Fernández y Gala Brobovskaya en su domicilio de Madrid

"SE NOTABA LA FALTA DE LOS ESTUDIOS BIBLIOTECARIOS EN LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA. MUCHOS BIBLIOTECARIOS ERAN AUTODIDACTAS EN LO PROFESIONAL, Y ESO ME CHOCABA PORQUE EN LA UNIÓN SOVIÉTICA NO ERA ASÍ"

Las tardes de domingo suelen ser un murmo; huelen a lunes y saben a nostalgia. Pero esta tarde de domingo no ha sido igual. La luz ha ido cayendo lentamente, amorosamente, en el piso que, desde hace varias décadas, comparten en Madrid José Fernández y Gala Brobovskaya. Una taza de té y unos dulces han sido el complemento de una conversación que ha versado sobre casi todo.

José ha dejado arrinconado su periódico para escuchar, reflexionar y responder. Se deja preguntar y pregunta a su vez, con una curiosidad inagotable. La política, la vida de su interlocutor, la actualidad más rabiosa... todo le interesa. A continuación se transcribe parte de una conversación que ha versado sobre bibliotecas o, más concretamente, sobre una parte de su trabajo bibliotecario en España. Esto y mucho más es lo que ha dado de sí una tarde de domingo muy especial.

Ya habías trabajado en la Biblioteca Nacional Lenin de Moscú. Cuando llegaste a trabajar a la Biblioteca Nacional de Madrid, ¿con qué biblioteca te encontraste?

Yo tenía muchas ganas de venir a España. Éste es mi país. Llegué en 1971 y varios meses después, en los primeros días de 1972, empecé a trabajar en la Biblioteca Nacional. Me proporcionaron el trabajo Manuel Carrión, García Ejarque y Llorca, a los que guardo mucho agradecimiento. La primera impresión fue rara, todo era completamente distinto de allá. Lo más destacable, quizá, es el factor humano: aquí la relación con los

compañeros era muy agradable, y encontré a los bibliotecarios de la Nacional más liberales que mis colegas rusos. El personal era muy distinto en una biblioteca y en otra, allí no había facultativos, los bibliotecarios eran todos de la misma categoría. Pero, eso sí, allí la gente investigaba, hacía la tesis durante varios años, cinco o seis, y eso les daba prestigio profesional y mejoraba su salario.

Palestina (un lugar del bosque hacia el que uno siente una querencia especial) es la vieja palabra rusa a la que asocias tu estancia en la Biblioteca Nacional Lenin. ¿Qué palabra elegirías para tus 20 años en la Biblioteca Nacional de España?

Es difícil encontrar una sola palabra. Se me vienen a la cabeza muchas, que no tienen que ver con un lugar concreto. Por ejemplo *amistad*, o *confianza*. Sí, creo que *confianza* es la palabra que mejor puede definir esa época. Ahora siento que la Biblioteca Nacional de Madrid se ha abierto al mundo.

Trabajaste en la biblioteca de la Universidad Autónoma de Madrid, trabajaste en la Biblioteca Nacional, escribiste la *Historia de la Bibliografía en España*, que se reeditó varias veces, participaste en algunas jornadas profesionales, conociste a bibliotecarios como Carrión, García Ejarque, Vicente Llorca... ¿Cómo viste el mundo bibliotecario de los años 70 y 80 en España?

Se notaba la falta de los estudios bibliotecarios en la universidad española. Muchos bibliotecarios eran autodidactas en lo profesional, y eso me chocaba porque en la Unión Soviética no era así. Quizá por eso no era habitual que los bibliotecarios españoles hicieran la tesis doctoral, como allí.

¿Crees que eso puede estar relacionado con la falta de maestros, con la pérdida de aquellos bibliotecarios republicanos que tuvieron que marchar después de la guerra?

Sí, imagino que todavía se arrastraba eso. La profesión bibliotecaria no tenía arraigo en la sociedad española de entonces. Por aquellos años los bibliotecarios éramos una cosa rara para algunos.

Has escrito sobre autores rusos, has traducido a muchos. ¿Qué libros rusos del siglo XX crees que tendrían que estar en una biblioteca pública en España, por ejemplo, en la Biblioteca Pública de Ablaña o de Mieres?

Las novelas históricas de Alexei Tolstoi. Este autor era un conde bastardo, espabilado e inteligente. Era una especie de novelista del partido, y vivía como un conde de verdad. Sus novelas valen la pena. También:

Dos capitanes, de Veniamin Kaverin.

Kolkhida, de Konstantin Paustóvski

Una vela solitaria, de Valentin Kataev

Un día en la vida de Ivan Denisovich, de Solzhenitsyn. Este libro lo leímos en Rusia, y nos impactó muchísimo.

El Doctor Zhivágo, de Pasternák

¿Y alguna autora...?

Viktoria Tókareva. Tiene cuentos muy buenos.

Dice un relato que se contaba en Rusia en los años cuarenta que el cerebro de los seres humanos tiene cuatro partes. La primera se llena durante los primeros diez años de vida, la segunda entre los diez y los veinte, la tercera entre los veinte y los treinta y la cuarta entre los treinta y los cuarenta. A partir de entonces ya no se aprende nada más, más bien se desaprende. Así, el cerebro va vaciándose en sentido inverso: entre los cuarenta y los cincuenta se vacía la primera cuarta parte... y al llegar a los ochenta ya no queda nada. Está claro que los cuentos a veces no dicen la verdad. Porque, si este relato fuera cierto, ¿cómo sería posible que José Fernández tuviera tantas cosas que contar y tantas ganas de seguir aprendiendo? 📖

Blanca Galvo